m²

SUPLEMENTO DE ESTILO
Y DECORACION DE PÁGINA/12.
SABADO 26 DE FEBRERO DE 2005.
AÑO 6. Nº 314

TORRES

AFP



La triste historia de las obras que reemplazarán a las torres destruidas en el atentado de Nueva York.



Testa revive el Recoleta

POR MATIAS GIGLI

Clorindo Testa ya lleva varios años trabajando en el aggiornamento del Centro Cultural Recoleta. La encomienda de arreglar lo ya hecho por él mismo es de la Secretaría de Cultura de la ciudad. El deterioro es fruto tanto por el paso como por el uso del lugar que está a punto de cumplir 25 años y la idea es que se llegue a la fiesta con todo listo.

En una primera instancia se conformó un equipo de proyecto dirigido por el propio Testa con fondos del BID, actualmente se superó la instancia del diagnóstico del Centro Cultural Recoleta que sirvió para evaluar su estado de conservación y análisis de las posibilidades de adaptación a nuevos usos. Se llegó a la conclusión de que hacía falta poner plata y mejorarlo. Es que el Centro pasó de tener 700.000 visitantes al año a 1.500.000 y el estado de deterioro, sumado a que nunca se había terminado completamente, es alto.

Al igual que en el Teatro San Martín y en el Teatro Colón, la Secretaría de Cultura organizó un Master Plan en etapas para ir resolviendo los problemas más urgentes. Testa y su equipo de diseño, que incluye a Juan Fontana, intervinieron en la puesta en valor del acceso desde Junín y la habilitación del acceso desde la calle Azcuénaga. La idea es construir una nueva explanada que jerarquice el acceso sobre Junín a modo de atrio.

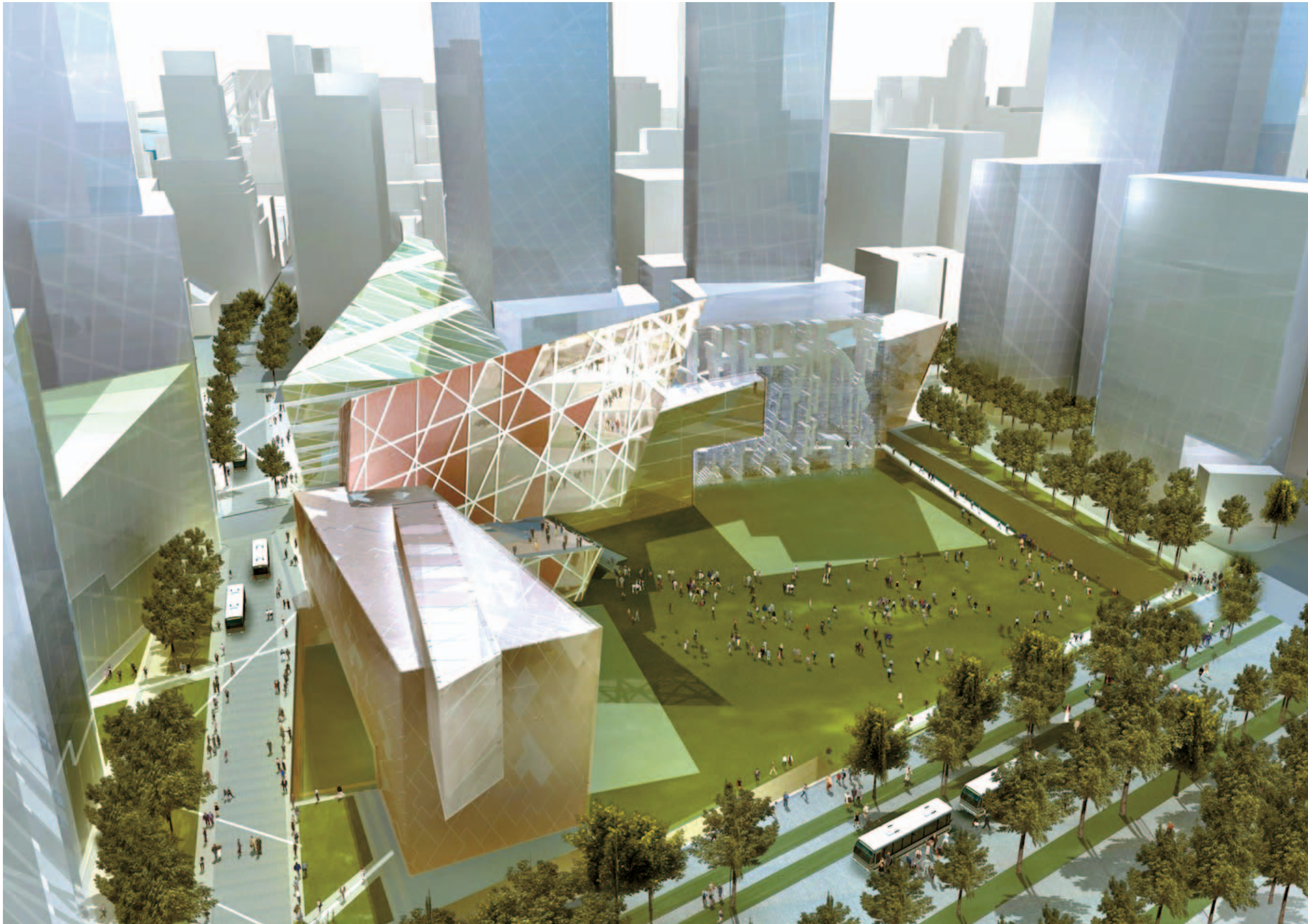
Además, también el hall de acceso será modificado, el existente queda chico debido a que se le incorporó una librería. El proyecto prevé mudarla a la primera sala del Patio de los Naranjos. Se restaurará la Calle de los Tilos fortaleciendo el eje circulatorio Junín-Azcuénaga. Los trabajos incluyen la restauración de sus fachadas, las calzadas y se iluminará el recorrido.

Habrá trabajos en los espacios abiertos: terrazas, patios y techos. La sala El Aleph, la que era la antigua capilla original del Asilo, tendrá mejoras. Se intervendrá en la instalación eléctrica general y se montará un ascensor.



Dentro de la última etapa se arreglará la terraza que mira hacia Libertador y se montará un patio de esculturas y cafetería con un cerramiento corredizo. Sobre el eje Azcuénaga-Junín se podrá caminar hacia la barranca llegando al deck de madera con mesitas.

Todo esto para festejar los 25.





El proyecto de Libeskind en su versión original, completamente descartada. El edificio más alto es lo que ahora se transformó en la Liberty Tower, firmada por Childs para el estudio SOM.

Historia triste con dos Torres

¿Qué pasó con la reconstrucción del Ground Zero, las manzanas neoyorquinas donde se alzaban las Torres Gemelas? Lo que empezó con idealismo y emoción se transformó en fábula con moraleja sobre la politiquería y la avidez comercial.

POR SERGIO KIERNAN

No es una revista de arquitectura sino algo mucho mejor: es una de las grandes revistas culturales del mundo, que cubre a la arquitectura como lo que supo ser antaño, una de las artes. La última edición de la *New York Review of Books* trae en tapa un artículo del crítico Martin Filler que explica "Por qué el diseño para el Ground Zero es tan malo". La nota es un comentario sobre varios de los libros que toman la historia del atentado a las Torres Gemelas en el punto en que las torres ya están derruidas, y también una saga deprimente de política, diseño, egoísmo e ilusiones perdidas en la banquina.

Martin Filler es el crítico de arquitectura de la revista *House & Garden*, una de las de mayor circulación dedicada a la decoración, y de *The New Republic*, un respetadísimo medio dedicado a la política y la cultura. (Qué notable que la NYRB o The New Republic no sean revistas de arquitectura pero tengan un crítico especializado, y que en Estados Unidos, como en todo el mundo civilizado, nadie piense que sólo los arquitectos pueden escribir sobre arquitectura.) También es un veterano observador de infinitos concursos públicos y privados, y un cínico –o un curado en salud– de sus resultados.

Aquí hay un tema ya tradicional. Filler arranca recordando un concurso realizado en 1922 para construir la sede del diario *Chicago Tribune*: el concurso hubiera sido completamente olvidado si no hubiera pasado a los anales como "el que perdieron" Eero Saarinen, Walter Gropius y Adolf Loos. El diario estuvo por muchos años en un tibio rascacielos neogótico que ni de estreno tenía algo que decir. Otros casos que cita Filler son el del Centro Getty en Los Angeles, de tal tamaño que dejó crudamente al descubierto las limitaciones de su ganador, y la torva historia de la terminación del nuevo Museo de Arte Moderno de Nueva York, que sacaron de quicio a su perfeccionista autor, acostumbrado a dar un toque exacto a obras mucho menores.

La historia de los "16 acres" donde se alzaron las torres es todavía más complicada e incluye la paulatina desaparición de escena de sus dos protagonistas tempranos, Daniel Libeskind –ganador del proyecto de "Cimientos Fundamentales", punto focal de la obra– y Michael Arad, que concibió el monumento a las víctimas.

Para entender el problema hay que conocer a los protagonistas. Uno es el gobernador del estado de Nueva York, George Pataki, un político que se encontró flanqueado y ninguneado por el intendente de Nueva York en el momento del atentado, Rudolf Giulani. Enfermo de cáncer y en el final de su carrera política, Giulani se transformó en protagonista desde los primeros minutos de la tragedia, siempre presente y exhibiendo un espíritu de lucha que reconfortó a la shockeada ciudad. Pataki –como George Bush, por caso– quedó en bambalinas.

El segundo protagonista es Michael Bloomberg, que tuvo la desgracia de suceder a Giulani en la intendencia y ha desarrollado un visible complejo de De la Rúa. Y el tercero, y menos conocido, es el inmobiliario que manejaba las Torres, Larry Silverstein, un ilustre desconocido que firmó contrato para subalquilar el simbólico complejo unas pocas semanas antes de que los aviones lo destruyeran. Silverstein pagó 3550 millones de dólares para manejar las Torres, que son propiedad de una empresa llamada The Port Authority of New York, que a su vez pertenece al Estado de Nueva York.

Con las ruinas todavía humeantes arrancó una esperable división de intereses. Por un lado, el de los parientes de las más de 3000 víctimas, que querían –junto a la mayoría de la opinión pública del país– que las manzanas donde estuvieron los edificios fueran un memorial. Es que los cuerpos de la mitad de los muertos jamás fueron encontrados, y la tierra que ocuparon las Torres es una suerte de tumba colectiva. Por otro lado, estaban los que enseguida opinaron, por convicción o interés, que Nueva York no podía perder semejante pulso comercial y que había que reconstruir enseguida. Silverstein, en los más de tres años desde el desastre, cobró 3550 millones de dólares de seguro y luego consiguió 1100 más ante las cortes federales. El Estado de Nueva York se negó rotundamente a regalar la tierra e impulsó la reconstrucción.

Claro que con sensibilidad y "arte", ya que el lote no era cualquier terreno. Cuenta Filler que apenas una semana después del atentado, la crítica Ada Louise Huxtable escribió en *The Wall Street Journal* que "Nueva York es una ciudad incapaz de hacer un gesto grandioso y apropiado que sirva al interés público, si el gesto cuesta dinero. Si ahora pasa lo que siempre pasa, habrá un debate que llevará a una 'solución' en la que los principios se olvidan y se pierde una oportunidad épica. Con la mejor de las intenciones, la Sociedad Municipal de las Artes, perro guardián de la calidad de vida urbana, hará un concurso de ideas para determinar qué hacer con este terreno. El concurso resultará en una linda exposición, debates y seminarios. Todo esto será completamente ignorado por los poderes que estarán haciendo planes para grandes obras bajo la bandera de la reconstrucción física y simbólica. Habrá eco en la prensa, cartas de lectores a favor y en contra. La municipalidad, dividida entre la gloria y la codicia, tomará la decisión política de autorizar las obras pero con un monumento: un monumento en algún parquecito en un rincón, algo que sea financieramente inofensivo".

Palabra más, palabra menos, es lo que sucedió. Como cuenta Philip Nobel en su libro *16 Acres*, se hicieron asambleas multitudinarias donde los neoyorquinos ventilaron su idealismo y aplaudieron proyectos lumínicos, profusamente cubiertos por la prensa mundial. Los pocos vecinos que habitan el centro financiero de Manhattan pidieron que se hicieran también viviendas, para que el barrio no muriera absolutamente de noche. Los parientes de las víctimas juraron guerra eterna a los que hablaran siquiera de cubrir los cimientos de las torres –dos cuadrados de 70 metros por 70 cada uno– al grito de "¿cómo se puede siquiera pensar en construir encima de donde sus almas gritan?".

El gobernador Pataki inmediatamente tomó el poder en todo lo que hiciera a la reconstrucción, los monumentos o las ideas. No sólo los dueños del terreno, la Port Authority, le responden directamente, sino que además creó una comisión mixta donde se reservó la parte del león. El primer año de trabajo avanzó a un paso extraño, con demoras incomprensibles y apuros extravagantes. Es que Pataki quería ser reelegido a fines de 2002 y no iba a dejar que una obra le ensuciara la cancha. Este ritmo imposible resultó en diseños mal pensados e inferiores.

En este desorden aparece el israelí Daniel Libeskind, en dúo con su formidable esposa Nina, agente de prensa, administradora y generadora de ideas. Cincuentón, Libeskind venía no sólo de ganar el concurso para el Museo del Holocausto de Berlín sino de evitar que la obra se suspendiera por recortes presupuestarios, una verdadera hazaña de control político y sutiles aprietes al gobierno alemán. Cuando la comisión de Pataki abrió el concurso para un "Estudio de Diseño Innovador" para el sitio, Libeskind se presentó confiado, aprovechando al máximo las indefiniciones y contradicciones en las inmensas bases –cientos y cientos de páginas– para proponer soluciones a todo.

El concurso no tenía la más mínima obligación contractual pero el público, que lo siguió con pasión, no lo entendió así. De ahí viene la confusión, a la larga humillante, de que Libeskind "ganó" un concurso para reconstruir el sitio de las Torres. De hecho, lo único que queda actualmente de su proyecto es que los cimientos monumentales de las Torres derruidas quedarán expuestos, detalle que le ganó el apoyo de los parientes.

Pero alcanzó para que el mismo Pataki se metiera en el concurso y dejara afuera a los que sí ganaron, el equipo Think, formado por Shigeru Ban, Frederic Schwartz y el argentino Rafael Viñoly, al que terminó de torpedear una nota del *Wall Street Journal* diciendo que había "construido estadios deportivos para la dictadura militar". El gobernador hasta se permitió jurar, con el proyecto de Think en la mano, que "nunca voy a construir estos esqueletos".

Libeskind pasó a ser una especie de celebridad mundial, cosa que no parecía disgustarle, pero las cosas se le pusieron serias. Resulta que el protagonista del conjunto no será ninguna de las estructuras o edificios que él diseñó, sino la Torre Libertad, diseñada por David Childs, del inmenso estudio Skidmore, Owings & Merrill, mejor conocido por SOM. El SOM es *el* estudio de rascacielos, la Microsoft de la arquitectura, el McDonald's de las torres. Repetitivos, mediocres y olvidables, sus enormes predios ya pueblan China y Moscú, además de medio Estados Unidos. Childs es autor últimamente de la Worldwide Plaza en la Octava Avenida y del edificio Time-Warner en Columbus Circle, que Filler califica como "dos de las peores manchas que sufrió la ciudad en décadas recientes".

Una de las cosas que hicieron Childs y SOM fue tomar la espira que había planeado Libeskind –de 1776 pies de altura, para simbolizar el año en que nacieron los EE.UU.– y transformarla en un sólido, rentable y feo edificio de oficinas con una especie de andamio permanente arriba para dar la sensación de elevación original. Libeskind tuvo que conformarse con el título de "arquitecto colaborador durante las fases de concepción y planos".

Para peor, haber ganado 1100 millones en las cortes le permite a Silverstein encarar otra torre en los 16 acres, además de repartir edificios menores para consuelo general de los arquitectos. El Estado intervino para que algunos museos, compañías de danza y galerías, bastante menores, se muden al área para darle "vida cultural". Nadie se acordó siquiera de construir algo para alquilar como viviendas.

En resumen, todo terminó exactamente como profetizó la crítica de *The Wall Street Journal*, en un negocio más. Como dice Filler: "Lo que pudo ser una maravillosa muestra de urbanismo creativo –haciendo participar a un público con una inusual conciencia de la importancia de la arquitectura y con hambre de construir un símbolo duradero– terminó por la pequeñez política y la codicia de unos pocos transformado en otro trabajo mediocre".

Y lo peor es que en Nueva York sobran las oficinas, por lo que el Estado le dio un subsidio a Silverstein para que sus obras sean viables ■



Set de Eric Tornquist. Abajo, zapatilla de Alfredo Cho.



Subte de Leandro Conaldi, Luciano Poggi y Hernán Pratti.

Para la innovación

Innovar 2005 premia una de las cualidades más buscadas en el diseño: creatividad unida a la ciencia y la tecnología.

POR LUJAN CAMBARIERE

Innovar: "(Del lat. *innovare*) Mudar o alterar algo, introduciendo novedades", resume el diccionario de la Real Academia Española. En criollo: esa vuelta de tuerca, virada de timón, resignificación, suceso casi milagroso donde alguien vio lo que otros no. Y sobre todo concretó, lo que muchos otros desearon, soñaron, necesitaron, imaginaron, pero tampoco supieron convertir en realidad.

"Proceso complejo en el que estas respuestas se desarrollan y alcanzan la forma de productos o servicios que demanda la sociedad y que el mercado valoriza", definen desde las bases del Concurso Nacional de Productos Innovadores desarrollado en el marco del Programa INNOV-AR a través del Plan Nacional de Diseño de la Secretaría de Industria, Comercio y PyME del Ministerio de Economía y Producción (con colaboración del INTI -Instituto Nacional de Tecnología Industrial– e INPI –Instituto Nacional de Propiedad Industrial Argentina– y la Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología (con la colaboración del INET –Instituto Nacional de Escuelas Técnicas–, la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, y la Universidad Tecnológica Nacional). Y para explicarlo aún mejor, suman definiciones de creatividad (capacidad de generar ideas que exceden el marco de la información y los conocimientos disponibles en un determinado momento) e invención (la instrumentación de la idea a través de una solución técnica, fruto de la investigación), condimentos cruciales para que innovación rime con diseño.

Aguante la industria nacional

El objetivo del concurso es promover y respaldar productos que se destaquen por su originalidad y la posibilidad de ser comercializados. Productos patentables y factibles de ser desarrollados técnica y económicamente. ¿Los convocados? Básicamente diseñadores, inventores, estudiantes, emprendedores y micro y pequeñas empresas. ¿Aspectos a evaluar? "El grado de innovación del producto (nivel de originalidad o novedad que aporta), su factibilidad técnica (viabilidad para producirlo), la factibilidad económica (junto con la técnica determinan la oportunidad comercial) y la transferencia tecnológica (posibilidad de producir un título que resguarde los derechos)", explica María Cecilia Moncalvo, del área de comunicaciones del Plan Nacional de Diseño.

Una iniciativa más que interesante sobre todo por el tema –muy pocas veces abordado en concursos locales–, por la muestra de los productos pensada para septiembre y también, si se quiere, por el valor de los premios ($ 30.000 para el primero, $ 15.000 para el segundo y $ 10.000 para el tercero). Por otra parte, el Instituto Nacional de Escuelas Técnicas premia a los tres mejores productos presentados por estudiantes y docentes con 15 mil, 10 mil y 5 mil pesos para la escuela. Además, con el tiempo, Innovar tiene pensado construir un Centro Nacional de Innovaciones como espacio de asistencia permanente en todo el país.

La cadena de la innovación

"La innovación se ha transformado en la palabra clave de la época actual, sostiene el teórico del diseño Gui Bonsiepe. Sin embargo, continúa, sería erróneo darle un valor absoluto pues depende de otros factores como las inversiones", remata. En este proceso, los países de la periferia, como él nos denomina, llevamos la peor parte. Así ciencia, tecnología y diseño son un trío que debe ir de la mano, ya que si se ausenta alguno de estos tres elementos, la innovación carece de resonancia social.



"A la hora de pensar en el grado de efectividad de la innovación, más allá de entenderla desde lo creativo, hay que tomar en cuenta una serie de criterios funcionales que harán de la invención una medida necesaria de incorporar. Se debe indagar minuciosamente en el nivel de buen funcionamiento, facilidad y alcance de uso, adaptación al ambiente, necesidades del público, medidas de seguridad, equilibro entre precio y calidad, empleo de nuevas tecnologías y materiales, si conduce al progreso del sector productivo industrial y a la identidad.

También debe evaluarse si tiene en cuenta el estilo de vida de las futuras generaciones, si propone nuevas formas de comunicación, si propicia nuevos negocios e industrias y qué valores socioculturales la integran. En el desarrollo del diseño debemos considerar suficientemente el modo de relación, equilibrio y la interacción que se da entre las personas y los objetos y a la inversa", detalla el diseñador industrial Koji Kimura, consultor de la Agencia Internacional de Cooperación de Japón (JIPA) y asesor de PND.

Parafraseando una vez más a Bonsiepe: "No son los artefactos los que cuentan, sino las operaciones eficaces hechas posibles para la comunidad de los usuarios". Y en esto el diseño es un elemento crucial de la cadena, ya que bajan a tierra, introducen las invenciones científicas y tecnológicas a nuestra vida cotidiana.

Para inscribirse, los interesados deben dirigirse a *www.innov-ar.gov.ar* hasta el 16 de abril. La recepción de proyectos es del 18 de abril hasta el 16 de mayo ■

Una lata en Liebig

Para los que amen el pintoresquismo literal –el puesto de panchos con forma de pancho, la casa del corredor de TC con forma de auto, el kiosco con forma de honguito– el litoral acaba de hacer otro aporte a la alegría general. Los baqueanos recordarán un pueblo correntino que se enorgullece como "capital provincial de la gallina Leghorn". Tanto, que casi en la vera del río Uruguay, a la entrada, erigieron hace años una titánica gallina de hormigón, pintada de gallina, como un enano de jardín de varios metros de altura.

El entrerriano Pueblo Liebig honró del mismo modo al producto que fundó, literalmente, el lugar. Hace un siglo largo, el barón Justus von Liebig inventó el extracto de carne, refuerzo alimentario que ayudó a niños enclenques –o resfriados, o con madres seguidoras– antes del descubrimiento de las vitaminas. El barón puso fábricas en Argentina, una a pocos kilómetros al norte de Colón, que resultó en el pueblo que lleva su nombre y que en su pico de gloria faenaba 3000 cabezas por día, enlatando carnes y jugo.

El sábado 22 de enero, en medio del local Festival de la Identidad y el Patrimonio, el presidente de la Junta de Gobierno de Liebig –población actual, 700 personas– inauguró un monumento a la lata de carne del barón Von Liebig. Pintada por José Garay, la lata monumental luce la etiqueta "Corned Beef" frente a la iglesia local y a un segmento de la antigua "manga" de ganado.



El que visite Pueblo Liebig se encontrará con un raro caso de planeamiento urbano casi perfectamente conservado. La "Fábrica Colón" fue construida en 1903 sobre un antiguo saladero y todavía es visible el puerto en el que se embarcaban sus productos directamente a Europa. También están las cuadras de vivienda obrera, las calles con casas para directivos y empleados jerárquicos, y las áreas comunes. La empresa inglesa Liebig's Extract of Meat Company operó en Argentina hasta 1980, cuando los cambios de legislación de la Unión Europea, los cambios de tecnología y los cambios en el gusto de los mercados hicieron obsoleto su producto. El frigorífico duró hasta 1997 en manos argentinas y cerró hace casi 8 años. Sus ex empleados realizan hoy tours de las instalaciones para los que se acerquen a verlo.